

III

LOS SUCESES DE LOS ÁRABES EN LA INDIA

Los primeros fueron los Mogoles, los cuales heredaron la civilización árabe, y si no supieron hacerla progresar, al menos la supieron utilizar; de modo que bajo su dominio aquella inmensa península fué rica y próspera.

Los Ingleses sucedieron á los Mogoles, y civilizaron el país, dotándolo de carreteras y ferrocarriles, destinados á facilitarles su explotación; bien que el resultado de ese nuevo esplendor ha consistido en sumir al país en una miseria tan extremada que no se ha visto igual en ningún otro del mundo.

Más prácticos que los Españoles con respecto á los Arabes, los nuevos señores de la India nunca han pensado en expulsar á los Hindus, considerando más cuerdo desangrarlos metódicamente. Si no se juzga más que por el concepto comercial el sistema que permite á algunos miles de mercaderes hacer trabajar en beneficio propio á centenares de millones de hombres, reduciéndoles á un estado mil veces peor que la esclavitud, no cabe dudar que merece nuestra admiración; pero si lo juzgásemos con el criterio de la humanidad, probablemente opinaríamos de otro modo.

Aplicado con rigor á la India, el ingenioso sistema colonizador de Inglaterra ha enriquecido inmensamente á la metrópoli, aunque arruinando completamente á los infelices explotados. Después de hacer observar que en tiempo de los reyes indígenas los agricultores, que en la India componen la casta más numerosa, pagaban sólo un sexto de los productos del suelo, al paso que ahora pagan á los Ingleses la mitad de las cosechas, Mr. Grandidier expone el fructuoso sistema de la expropiación por falta de pago de las contribuciones, y añade: «Há ya

puede juzgarse por la respuesta que el ministro de Obras públicas, Ali-Bajá-Mubarek, dió á un comité de conservación. «¿Qué necesidad hay de conservar tantos monumentos?—repuso;—¿no basta conservar una muestra de ellos?» Argumento ingenioso que nos conduciría á utilizar como telas de envase los cuadros de Rafael y Rubens, so pretexto de que un solo cuadro de cada uno nos basta. «Además,—añadió el ministro con elocuencia, aludiendo á la magnífica puerta de Zowaileh, delante de la cual se ejecutaba antes á los criminales,—nosotros no queremos ya conservar semejantes recuerdos, y debemos destruirlos como los franceses han destruido la Bastilla.»

Los artistas que deseen contemplar los restos de esos tesoros de arquitectura, acumulados en el Cairo por mil años de civilización árabe, no deben perder tiempo, pues no tardarán en desaparecer del todo. En cambio de esos restos de otra edad, con justicia despreciados por los comerciantes, el pueblo egipcio disfrutará de todos los beneficios de la civilización, poseyendo buenos cuarteles, bonitas capillas protestantes, un número respetable de vendedores de biblias y de aguadiente, y variadas colecciones de sacerdotes protestantes.

mucho tiempo que este sistema ha sumido á los labradores en tal indigencia, que ya no pueden ser más pobres.»

El estado de la India bajo el dominio inglés ha sido estudiado recientemente de un modo detenido por Mr. Hyndman, el cual, después de exponer por una parte que Inglaterra abruma á los indígenas con impuestos tan pesados que los matan de hambre, y por otra que ha arruinado todas las manufacturas locales para favorecer las importaciones de la metrópoli, añade: «Nos encaminamos á una catástrofe sin igual en la historia del mundo.» Cuya predicción, aunque parezca pesimista, no lo es de ningún modo, si se considera que en la sola provincia de Madrás existen, según la estadística oficial, 16 millones de indigentes. Los desdichados Hindus no sólo están obligados á mantener un ejército que cuesta más de 400 millones anuales y una administración que no baja de 50, sino también á enviar anualmente á Inglaterra el equivalente de 500 más (1).

IV

MISIÓN DE LOS EUROPEOS EN ORIENTE.—CAUSA DE SU MAL ÉXITO

Hemos examinado ya la influencia que Oriente tuvo en la antigüedad sobre Occidente, por el intermedio de los Arabes; y no será inútil ahora investigar la que después tuvieron los Europeos sobre los Orientales.

Como el estudio demuestra que siempre ha sido nula, no habría necesidad de extenderse sobre dicho tema si no fuese interesante buscar las causas de la tenacidad invencible con

(1) La suma que Inglaterra ha sacado de este país en veinte años asciende á diez mil millones, sin contar el dinero gastado en mantener á los conquistadores, cada uno de los cuales recibe, para residir en la India, una paga de ministro ó de soberano. La residencia de los funcionarios se reduce á cinco años, por considerarse que bastan para reunir una brillante fortuna. En cuanto á la situación del país, cabe juzgar de ella por el siguiente pasaje del autor inglés que más arriba cité, Mr. Hyndman. «Espantoso era,—dice,—ver á las provincias del noroeste obligadas á exportar sus granos, al mismo tiempo que 300,000 personas morían de hambre en algunos meses;» y añade que en 1877, en la sola residencia de Madrás, 935,000 perecieron de hambre, según datos oficiales. Esta situación empeora cada día, pues la fertilidad del suelo disminuye rápidamente por el abuso de culturas excitantes que la enormidad de las contribuciones hace necesarias.

Las cifras que Mr. Hyndman ha producido, y que ha publicado la *Nineteenth century* con el título de la *Bancarrota de la India*, no han sido negadas, y la única respuesta que ha podido darse en justificación del tributo de 500 millones que Inglaterra extrae de la India, es la de la *Farntightly Review*, que «este dinero no es para la India otra cosa que el pago de un gobierno pacífico y regular.» La palabra *pacífico* aplicada á un régimen que hace morir de hambre en un año á más hombres que no han costado las guerras más mortíferas, debe parecer, sin duda, algo exagerada á los Hindus.

que los Orientales han rechazado siempre la civilización y creencias que les llegaban de Occidente, al paso que aceptaron del modo más fácil, en la antigüedad, las que les enseñaron los Arabes.

Entre los motivos generales de la impotencia de los Europeos, debe aducirse el siguiente: que la civilización europea es producto de un largo pasado, al cual nosotros no hemos llegado sino de un modo progresivo, atravesando una serie de períodos sucesivos. Así es que hacer saltar bruscamente á otro pueblo los escalones sucesivos de esta serie, tendría tanto de quimérico como obligar á un niño á pasar á la edad madura sin haber tocado en la de la juventud.

Sin embargo, este motivo no bastaría por sí solo á explicar la menguada influencia de nuestra civilización en los Orientales, pues entre los elementos de que esa civilización se compone hay algunos bastante sencillos para adaptarse á las necesidades de aquella gente; lo cual no impide que también los desechen. Así, nuestro malogro tiene además otros motivos.

Entre éstos se hallan la complicación de que está formada nuestra civilización, y las numerosas necesidades ficticias que ha llegado á crear; las cuales han originado en el Europeo moderno una agitación febril, obligándolo á un trabajo excesivo para satisfacerlas; cuya agitación y exceso de trabajo son tanto más antipáticos á los Orientales, cuanto que carecen de todas nuestras necesidades. En efecto, las necesidades materiales de todo Oriental, ya sea chino, árabe, hindu, etc., son ligerísimas; pues con un pedazo de tela por vestido, y agua y algunos dátiles por comida, un Arabe queda contento; lo mismo les pasa al chino y al hindu, cuyo alimento se reduce á un poco de arroz y de té, y se contentan con habitaciones que no valen gran cosa más. La sobriedad de los Chinos y su carencia de necesidades, unidas á su talento industrial, han llegado á producir el sorprendente hecho de que cada vez que van á hacer competencia á los trabajadores de naciones que se tienen por superiores, quedan dueños del trabajo. Por esto la América y la Australia se ven hoy obligadas á expulsarlos.

Esta diferencia entre las necesidades de los Orientales y las de los Europeos, y la no menor que existe entre su mutua manera de sentir y pensar, han abierto entre ambos grupos un verdadero abismo. Los Asiáticos no nos envidian nada nuestra civilización; y los que menos la envidian son los que han visitado á

Europa, pues el concepto que de ella se forman es muy diferente del que nos inclinamos á suponer. Según ellos, la introducción de nuestro modo de vivir sería en Oriente la calamidad más lastimosa; y los que han leído algo citan como prueba el ejemplo de la India; sin contar que todos están contestes en que los Orientales son más felices, más honrados y más morales que los Europeos, mientras no están en contacto con éstos.

Pero si la evidente incompatibilidad que existe entre el género de vida, los sentimientos é ideas de los Orientales y los de los Europeos basta á explicar la indiferencia que los pueblos de Oriente tienen por los beneficios de nuestra civilización, no es suficiente para explicar del mismo modo la repulsión que nos tienen, y el desprecio con que miran nuestras instituciones, creencias y moral.

Sería inútil callar la causa, la cual consiste en la conducta, á la vez que astuta, cruel, de los pueblos civilizados con respecto á los que no lo son, ó á los que lo son menos.

Con los pueblos que no lo son, ó sea con los salvajes, la conducta de los Europeos ha dado por resultado destruir aquella gente con toda rapidez; y tanto en América como en la Oceanía, el destino del salvaje, que vivía junto al hombre civilizado, ha sido siempre idéntico al del conejo que se halla al alcance de la escopeta de un cazador. Pronto no habrá salvajes en ninguna parte; los últimos Pieles Rojas desaparecen, á favor de una sutileza que consiste en tomarles sus territorios de caza, encerrarlos en cercados donde no tienen nada que comer, y matarlos en seguida, como ánades, cuando el hambre los saca de allí. En Oceanía los salvajes también comienzan á desaparecer y extinguirse; de suerte que tribus enteras, como los Tasmanianos, han quedado tan aniquiladas que ni un solo individuo de ellas subsiste hoy (1).

(1) Vea el lector lo que sobre esto digo en mi última obra: *L'homme et les sociétés* (t. II, pág. 91), hablando de la conducta habitual de los blancos en Africa y Oceanía; y de paso recordaré la ingeniosa astucia que emplean los capitanes de buques ingleses para proveerse de trabajadores en las islas malasia, la cual consiste no más que en coger por medio de alguna estratagema, y prodigando las demostraciones amigables, el mayor número posible de indígenas, cortarles inmediatamente la cabeza, y cambiar con los jefes de las tribus rivales de los degollados cada cabeza por cierto número de trabajadores. Se contrata á éstos por corto tiempo, pero ya se entiende que no vuelve jamás á ponérselos en libertad. Hechos análogos han conducido al sabio naturalista Quatrefages á las conclusiones siguientes: «Por lo que se refiere al respeto de la vida humana,—dice,—la raza blanca europea nada tiene que achacar á las más bárbaras. Vuelvan los blancos la vista á su propia historia, y acuérdense de algunas de aquellas guerras y de aquellas jornadas que están escritas con sangre en sus propios anales; y sobre todo, no olviden su conducta con las razas inferiores; la despoblación que ha señalado cada uno de sus

Si los procedimientos de los Europeos con los salvajes no pecan de suaves, su conducta con los Orientales civilizados, como los Chinos y los Hindus, no es mucho mejor, pues hasta prescindiendo de todas nuestras guerras, ajenas á la menor equidad, nuestros procedimientos cotidianos con ellos bastarían á convertirlos en irreconciliables enemigos nuestros. Todos los que hemos estado en Oriente sabemos que los Europeos creen que les está permitido hacer lo que les dé la gana (1); y cuando el oriental no se halla directamente explotado, como el hindu, con impuestos que le arrebatan el último pedazo de pan, lo es por estafas comerciales, llevadas á cabo con una falta de pudor que demuestran cuán ligero es nuestro barniz de hombres civilizados. El Europeo pierde todas sus cualidades, rebajándose por su inmoralidad mucho más que los pueblos á quienes explota; y si en sus relaciones con los Orientales, los mercaderes europeos fuesen juzgados por las leyes de su propio país, habría poquísimos que se librasen del presidio.

Así es que no sin razón tienen los Orientales una pobrísima idea del nivel de nuestra honradez y moral. El relato de las relaciones de la Europa civilizada con China es una de las más tristes páginas de la historia de nuestra civilización, y quizá un día nuestros descendientes lo expien terriblemente. ¿Qué pensará el porvenir de aquella sangrienta guerra, llamada del opio, en la cual China se vió obligada á cañonazos á aceptar el veneno que los Ingleses habían introducido en aquellos estados, y que el gobierno chino, aterrado de los peligros que resultaban de su uso, quería proscribir? Verdad es que hoy este comercio produce á los Ingleses 150 millones anuales, pero, según las evaluaciones más moderadas, entre las cuales descuella la del doctor Christlieb, el opio mata

pasos en el mundo; las matanzas efectuadas á sangre fría, y frecuentemente como diversiones; las cazas de hombres, organizadas al estilo de las cazas de fieras; poblaciones enteras exterminadas para hacer lugar á colonos europeos; con lo cual no podrán menos de reconocer que si el respeto de la vida humana es una ley moral y universal, ninguna raza la ha violado más ni de un modo más espantoso que la de ellos mismos.»

(1) Invito á las personas que dicen conocer la opinión de los orientales más ilustrados acerca de los europeos, á leer un notable artículo, publicado en 1878 en la *Revue scientifique* por Mr. Masana Maeda, comisario general del Japón en la última Exposición universal de París. Aunque su posición oficial y la nacionalidad del periódico en que escribía, le obligaron á velar sus opiniones, el autor habló clarísimamente; y después de exponer la desastrosa influencia de los ingleses sobre los chinos, «con el único objeto de sacarles el dinero,» demuestra que en el Japón los extranjeros, tanto en las ciudades como en los campos, no respetan nada de lo que ven, devastando sin escrúpulo la propiedad ajena y haciendo tanto desprecio de las leyes como de las costumbres.

anualmente 600,000 chinos. La sangrienta guerra del opio, y el comercio obligatorio que la ha seguido, quedan en la memoria de los Chinos como un ejemplo destinado á enseñar á sus hijos las dotes morales de los Europeos, á quienes persisten en llamar *bárbaros*. ¿Nos lo llaman injustamente? Por eso cuando los misioneros ingleses quieren convertirlos, los Chinos les contestan, según dice el autor que acabo de citar: «¡Cómo! ¡nos envenenáis para destruirnos y luego venís á enseñarnos la virtud!» No tiene razón el Chino razonando de este modo, pues debería comprender que el Inglés posee hereditariamente máximas de una moral especial, rigidísima, que debe cumplir, y que cumple, pagando á unos misioneros destinados á poner á los Asiáticos en disposición de disfrutar de la vida eterna, á que le conduce rápidamente el opio que le vende.

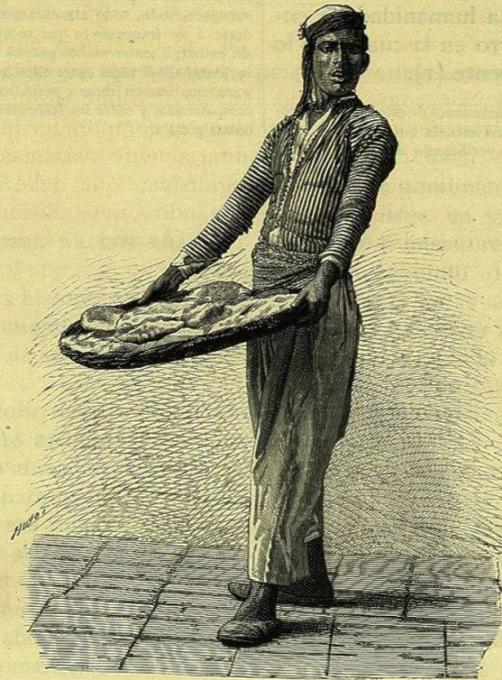
Los sentimientos de los Orientales con respecto á los Europeos han llamado la atención de todos los viajeros algo observadores; y citaré entre otros á un diplomático distinguido, ex-ministro plenipotenciario, Mr. Rochechouart, quien después de consignar en una obra reciente, que lo que más afecta al viajero cuando llega á la India, es «el desprecio de los indígenas á sus amos,» el autor añade que lo mismo ocurre en China. «Los criados de los blancos, dice, se avergüenzan ante sus paisanos de verse obligados á estar en contacto con la gente á quien sirven.»

Nuestra conducta justifica bastante la vivísima repulsión que por nosotros tienen los Orientales; y por mi parte no vacilo en decir, tomando su mismo punto de vista, que aunque los hubiésemos tratado siendo modelos de virtud, tendrían el mayor interés en rechazarnos, y alzar una muralla semejante á la que construyó antiguamente un soberano muy cuerdo en las fronteras del celeste imperio. Nada les importa una civilización adaptada á ideas, sentimientos y necesidades que no son los suyos, y tienen razón en proceder así. En efecto, ¿qué interés habían de tener en renunciar á sus instituciones patriarcales, á su existencia feliz y exenta de necesidades, adoptando nuestra vida febril, nuestras luchas implacables, nuestras profundas desigualdades sociales, el miserable trabajo en la fábrica, y las diferentes necesidades que las civilizaciones brillantes engendran? Una potencia oriental ha habido en el mundo, el Japón, que tuvo un día la fatal idea de adoptar nuestra civilización, y en otra obra he tenido ya ocasión

de contar los fatales resultados de esta experiencia, que sumió en un estado de desorganización extrema á un país que antes era dichoso, y en el cual, según la frase de uno de los Europeos encargados de instalar esa civilización ficticia, «la situación de los habitantes era mil veces preferible á la del trabajador necesitado,

anhelante y asendereado que gana penosamente la subsistencia en los talleres.»

Cuando los Arabes conquistaron el Oriente no llevaban consigo tal reguero de males. Los pueblos invadidos eran Orientales como ellos, y sus sentimientos, necesidades y estado social tenían analogía con los de los invasores. Así es



Arabe vendedor ambulante de panes, en Jerusalén

que aunque la India, la Persia y el Alto Egipto fuesen conquistados por los Arabes, ó por los Mogoles, y hasta por los Turcos, sus habitantes no tenían que sufrir las modificaciones radicales que trae consigo una civilización como la moderna. Con los Europeos, la existencia de todas estas poblaciones debería, al contrario, cambiar de arriba abajo; y como son demasiado débiles para ponerse en competencia con ellos, no tienen, lo mismo que el Hindu, otro porvenir que la miseria, y las revoluciones furiosas que la desesperación engendra.

La eficacia destructora que hoy ejercen los pueblos de Occidente contra los de Oriente, se halla bastante explicada con lo que precede; y para justificar la insaciable avidez de los Europeos no cabe invocar más que un solo derecho, el derecho que prevalece verdaderamente en toda la historia, el del más fuerte. Entre todas las creencias de las antiguas edades, la que se

tiene en este derecho soberano es la única que permanece en pie. Las naciones modernas tienen cuidados más graves que el de civilizar á otros pueblos: piensan con preferencia cómo podrán vivir, pues atendida la competencia creciente de las razas, los derechos que un pueblo posee están estrictamente en relación con el número de combatientes y cañones de que dispone. Nadie puede esperar hoy en día conservar lo que no sea bastante fuerte para defender: se ha de ser cazador ó caza, vencedor ó vencido: tal es la ley de los tiempos modernos. Cuando se trata de relaciones entre los pueblos, las palabras justicia y equidad pierden toda sanción, y por consiguiente todo valor; quedando reducidas á vanas fórmulas, análogas á las vulgares protestas con que terminamos una carta y que todos empleamos sin hacer el menor caso de ellas.

Los poetas nos hablan de una edad feliz, lla-

mada edad de oro, en la cual la fraternidad universal reinó entre los hombres; y si no es más que dudoso que tal edad haya existido, bien se puede asegurar que de todos modos se ha extinguido para siempre. El *ve victis* de Breno, amenazando á los Romanos en las ruinas de Roma, no resonó jamás de un modo tan duro en los oídos del hombre, como en nuestra edad presente. La humanidad ha entrado en una edad de hierro en la cual todo lo débil ha de perecer fatalmente (1).

(1) Dejemos aparte las fatídicas conclusiones de este capítulo, propias de un hombre que pertenece á una escuela que no sabe ver las transformaciones políticas que se están verificando en las sociedades

europeas, y que preparan un cambio de civilización. Esa escuela es muy pretenciosa, porque ha descubierto media docena de fórmulas teatrales, con que cree renovar y profundizar la historia. Pero nuestro objeto no es atacar las conclusiones inexactas y ciegas que acabamos de traducir, porque son demasiado inofensivas para requerir tal trabajo. Lo que nosotros queremos señalar á los lectores es el silencio que el autor guarda con respecto al trato que la nación francesa da á los orientales que se hallan bajo su dominio, como argelinos, tunecinos y cochinchinos; todos los cuales son casi las víctimas del egoísmo y brutalidad francesas, como los hindus y egipcios de los ingleses. Conste, pues, que todo lo que dice Mr. Le Bon de lo que sufren los Orientales que tienen la desgracia de estar en contacto con los europeos, todo, todo absolutamente es cierto; pero que debe extenderse á los franceses lo que se aplica tan sólo á los ingleses. Hay, sin embargo, entre ambos grupos una diferencia: la crueldad de los ingleses halla á veces entre ellos hombres de conciencia que protestan y anatematizan en libros y periódicos, denunciando las infamias de sus compatriotas; y entre los franceses no se estila más que explotar, embolsar y callar.

(N. del T.)

CAPITULO II

CAUSAS DE LA GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS ARABES.—ESTADO ACTUAL DE ESTOS

I

CAUSAS DE LA GRANDEZA DE LOS ÁRABES

Terminaremos nuestra historia de la civilización de los Arabes resumiendo, en un punto de vista general, las causas de su grandeza y de su decadencia.

Como factor preparatorio de la grandeza árabe, descuella el momento en que aparecieron.

Tanto para los individuos, como para los pueblos, este factor preparatorio tiene una importancia grandísima, pues muchas cualidades no pueden desarrollarse sino en momentos especiales; y así como Napoleón no hubiera sido señor de Europa á nacer en tiempo de Luis XIV, del mismo modo, si Mahoma hubiese nacido en tiempo del poder romano, los Arabes no hubieran de seguro salido nunca de Arabia, quedando desconocidos de la historia.

Mahoma nació en un momento propicio; y ya demostramos que cuando apareció, el viejo orbe se desquiciaba, y que bastó que los adeptos del profeta lo tocasen, para que se derrumbase.

Pero no basta derribar un imperio para fundar una civilización; y la prolongada impotencia de los Bárbaros, que heredaron la civilización de los Romanos en Occidente, como los Arabes la heredaron en Oriente, demuestra la dificultad de la empresa. El factor preparatorio que acabamos de citar, hacía posible la creación de un imperio nuevo, y de una nueva civilización; pero no era posible crearlo sin el concurso de otros factores esenciales, que ahora debemos determinar.

Entre los que mencionaremos en primera línea está la influencia de la raza.

Hemos puesto de manifiesto que lo que sobre todo caracteriza á una raza consiste en cierto

número de sentimientos y aptitudes parecidas, que coexisten en sus individuos y tienden á producir el mismo resultado.

Este conjunto de sentimientos comunes, creado por lentas acumulaciones hereditarias, es decir, el carácter nacional, representa la herencia de un pasado que cada uno de nuestros antecesores contribuyó á crear, y que nosotros contribuimos igualmente á aumentar para nuestros descendientes; la cual, si varía mucho de uno á otro pueblo, varía poco en uno mismo.

Cada generación modifica indudablemente estos elementos fundamentales del carácter nacional; pero de un modo tan lento, que se requiere el concurso de muchos siglos para que la suma de las ligeras transformaciones produzca un cambio sensible. La educación, el centro y las circunstancias parecen á veces causar algunas modificaciones rápidas, pero son efímeras.

En realidad, los caracteres morales é intelectuales de una raza son tan estables como los caracteres físicos de las especies. Hoy en día sabemos que éstos llegan á cambiar al cabo de mucho tiempo; pero que cambian con tal lentitud, que antes los naturalistas los consideraban como absolutamente invariables.

He procurado demostrar en otra obra que, no la inteligencia, sino la asociación inconsciente de los sentimientos que forman el carácter, es el móvil fundamental de la conducta; y por consiguiente es necesario comenzar por su estudio para llegar á explicarse el papel que los individuos ó que los pueblos desempeñaron en la historia. «El amor de las revoluciones y la facilidad de emprender guerras sin motivo, y dejarse abatir por los reveses» que César observó antiguamente entre nuestros antepasados, explican muchos sucesos de nuestra historia.

Sería fácil probar históricamente que las con-